

EL GRAN Y PROFUNDO DILEMA DE DON HERMENEGILDO CANTALAPIEDRA

Como todas las mañanas, el eminente catedrático de física cuántica, don Hermenegildo Cantalapedra, eterno candidato al Nobel por sus brillantísimas teorías científicas, que lo situaban por encima del mismísimo Einstein, a decir de muchos, se levantó de su cama pensando que hoy iba a ser un día decisivo en su vida, quizás el más crucial. La importancia del día radicaba en que éste era el elegido por don Hermenegildo para hacer su testamento vital, testamento que era en sí todo un gran problema puesto que tenía que decidir, después de acabada su existencia, por dar gusto a la ciencia o a la religión, ya que no en vano don Hermenegildo además de ser un portento en el campo de la ciencia también era un hombre piadoso, para más detallar, católico practicante, cosa ésta rara en la sociedad en la que le había tocado vivir, sociedad en la que no se admitían las medias tintas, pues eras científico ateo o creyente sin más. Y decimos que tenía que decidirse bien por el campo de la ciencia, bien por el de la religión porque a don Hermenegildo le habían hecho, para después de su muerte, propuestas provenientes de estos dos campos que en sí resultaban del todo incompatibles. Por una parte, la iglesia lo consideraba un santo de peana y ya estaba preparando cómo sería su causa de beatificación, beatificación que incluía dejar yacer el cuerpo de don Hermenegildo en un ataúd transparente para que todos los hombres y mujeres devotas de éste pudiesen visitar al que, sin duda alguna, iba a ser su cuerpo incorrupto. Por otra parte, la ciencia quería el cerebro de tan brillante físico para estudiarlo en profundidad y poder discernir los enigmas de tan poderosa mente. Salió a la calle don

Hermenegildo con una gran preocupación y pensando en los dos encuentros que había tenido el día anterior: el primero con el señor arzobispo de la archidiócesis y el segundo con su colega de laboratorio don Feliciano Martínez. Al arzobispo, le presentó esta duda suya de si donar su cerebro a su muy querida universidad, centro en el que había trabajado toda su vida, o de entregar su cuerpo a la archidiócesis para que lo depositaran en un ataúd de cristal. Todo ello se desarrollaba en una merienda de chocolate con churros en la casa del arzobispo, casona que se ubicaba en la parte antigua de la ciudad. Y no se le ocurrió más al bueno de don Hermenegildo que decir al miembro tan destacado del clero que quizás pudiese haber una solución, que sería la de donar su cuerpo a la Iglesia menos el cerebro y, en el lugar de depositar sus sesos en el ataúd, poner de relleno en el sitio de éstos papel de periódico y taparlo con una gorra vasca. Cuando oyó la propuesta el señor arzobispo de la diócesis, se levantó de su asiento y con gran ímpetu y enfado le dijo: pero don Hermenegildo ¿qué propuesta tan disparatada es esa? Parece mentira que tenga dos puntos más de coeficiente intelectual que Einstein porque a veces tiene usted ocurrencias de bombero. Además ¿tiene usted ascendencia vasca? A lo cual el brillante científico dijo que no. Entonces ¿qué es eso de poner una boina vasca en el ataúd de un santo castellano? El disparate, así, resulta aún mayor. Bueno, su excelencia, dijo, con gran nerviosismo el brillante hombre de ciencia. Yo solamente quería solucionar el problema haciendo, si además se puede, un guiño al sentimiento nacionalista, tan presente en nuestros días. Entonces el arzobispo con su dedo índice le señaló amenazador y le dijo con voz cavernosa. Don Hermenegildo tiene que decidirse: ciencia o religión. Salíó don Hermenegildo del arzobispado y

decidió dirigirse a la facultad de física donde su colega de toda la vida estaba trabajando. Picó a la puerta del despacho de Feliciano Martínez, que así era cómo se llamaba su compañero de fatigas en las ciencias del saber. Feliciano le invitó a entrar y don Hermenegildo, una vez en el despacho, se derrumbó del todo anímicamente ante su amigo. Feliciano le preguntó por qué estaba en esas condiciones y él le contestó que tenía un enorme dilema que dilucidar en pocas horas, a lo que su amigo le invitó a hacerlo partícipe del problema. Don Hermenegildo le contó su indecisión entre ser enterrado por la Iglesia, a modo de un santo, o donar su cerebro a la ciencia. Feliciano le dijo que ante todo tenía que comportarse como un hombre de ciencia y que estaba deseando, si éste se moría antes que él, tener una rebanada de sus sesos metida en un bote formol con letras doradas que pusiesen: parte del extraordinario cerebro del tan ilustre científico don Hermenegildo Cantalapiedra y colocarlo todo ello encima del taquillón de la entrada de su casa. Don Hermenegildo, cada vez más apesadumbrado, decidió irse a su casa. Pero antes de marchar de la facultad, su amigo Feliciano, le dio una palmadita en la espalda a modo de despedida y le dijo. Herme, no te queda otra: ciencia o religión. Estos recuerdos vagaban por la mente de don Hermenegildo mientras daba el paseo matutino de todos los días, pero esta vez tenía intención de que dicho paseo condujese a la notaría de su confianza. Pero cuál fue el gran sufrimiento que le producía el profundo dilema acaecido en su interior que don Hermenegildo decidió darse otro día más de tiempo para expresar sus últimas voluntades. Fue entonces cuando dio la vuelta y se dirigió a su despacho para cumplir con su interminable jornada laboral que comprendía desde las nueve de la mañana hasta las

nueve de la noche, sólo interrumpida al mediodía para comer durante una hora escasa. Llegó de la facultad don Hermenegildo hasta su casa y no pudo, debido al gran nerviosismo en el que se encontraba, comer la cena que le había preparado su asistente, la cual ya había marchado. Decidió éste ir directo a la cama después de tomarse una tila para conciliar fácilmente el sueño, cosa que le costó arduamente. Cuál fue su enorme pesadumbre que a la media noche don Hermenegildo se despertó en un mar de sudores mientras en su cabeza rondaban amenazantes las voces del arzobispo y de su colega, ordenando ambas: ciencia o religión, ciencia o religión, ciencia o religión, palabras que le retumbaban en los oídos como el sentir del sonido de un enorme trueno y no sufrió sólo esto sino que su enorme agonía aumentó al pensar que su cuerpo, después de muerto, iba a acabar en una fosa común, pensamiento que luego resultó ser profético. Esto desesperó en gran medida a don Hermenegildo hasta tal punto que comenzó a padecer un enorme dolor en el corazón, dolor que acabaría con su vida en cuestión de segundos y así fue como don Hermenegildo, al igual que Santa Teresa de Jesús esculpida por Bernini en uno de sus numerosos éxtasis, cogió con una mano su pecho y mirando hacia arriba, se desplomó bruscamente sobre la cama. A la mañana siguiente todos los medios de comunicación se hacían eco de la muerte de don Hermenegildo, llegando incluso a iniciar dicha información el parte de noticias de la televisión pública del país. Ahora todos se preguntaban cuáles eran las últimas voluntades del fallecido. Y cómo don Hermenegildo no había dejado su testamento vital y no tenía familia, ya que siempre fue un solterón empedernido, decidieron, los que se ocupan de lo público, realizar una votación, dado que parecía la única solución más adecuada porque ninguno

de los dos bandos, que se habían establecido entorno a hecho tan polémico, quería ceder en su empeño de administrar a don Hermenegildo lo que ellos tenían por conveniente. La votación tendría por censo los habitantes mayores de edad de la ciudad de provincias que había tenido a don Hermenegildo como a uno de sus ciudadanos más brillantes de toda su historia. Habría dos papeletas: la roja, que se depositaría en la urna en caso de que el ciudadano quisiese que del finado se extrajesen los sesos y la morada, en caso de que el ciudadano quisiese que el muerto acabase expuesto en un ataúd de cristal en la basílica más importante de la ciudad. En seguida se posicionaron los partidos de izquierda, partidarios de la papeleta roja, y los partidos de derechas, defensores de la papeleta morada. La votación fue tan reñida que se produjo un hecho increíble y harto incómodo. Hubo un empate. Justo la mitad de las papeletas eran rojas y justo la otra mitad moradas. Para los partidos de izquierda era un resultado producto de una combinación de probabilidades casi imposible y para los partidos de derecha era la realización de un auténtico milagro. El caso es que tras no pocas negociaciones, ninguno de los partidos opuestos entre sí quiso ceder y finalmente decidieron que los restos de don Hermenegildo acabaran en una fosa común con el fin de no contentar a ninguno de los dos bandos y, por lo tanto, que ninguno saliera ganando. Y así fue cómo don Hermenegildo Cantalapiedra, hombre de centro, que había votado siempre en blanco, una auténtica “rara avis” de esta colectividad fue injusta víctima de la polarización tan galopante que sufren nuestras sociedades.